

MARTÍN-BARBERO, Jesús. Mediaciones comunicativas de la cultura. En: CASTRO-GÓMEZ, S. (Ed.). La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina. Bogotá. Instituto Pensar (Instituto de Estudios Sociales y Culturales), Pontificia Universidad Javeriana, 2000.

MINISTERIO DE CULTURA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA. Diálogos de Nación. Una política para la interacción de las culturas. Bogotá: Mincultura, 2002.

MOUFFE, Chantal. La paradoja democrática. Barcelona: Gedisa, 2003.

MUÑOZ, Germán y MARIN, Martha. Comunicación y cultura. Documento discutido en la Red Caldas, entre noviembre 2001 y abril 2002 en el marco del proyecto Diálogos Estratégicos de Colciencias.

NICOLESCU, Basarab, DE FREITAS, Lima y MORIN, Edgar (Redactores). Declaración transdisciplinaria. Primer Congreso Mundial sobre Transdisciplinarietà. Convento da Arrábida, Portugal, 6 de noviembre de 1994.

OCHOA, Ana María. La diversidad como espectáculo cultural. En: Entre los deseos y los derechos. Un ensayo crítico sobre políticas culturales. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia ICANH. 2003.

ORTIZ, Renato. Sobre mundialización y cultura nacional. En: Otro territorio. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 1998.

TAYLOR, Charles. El multiculturalismo y la política del reconocimiento.

[<http://www.cholonautas.edu.pe/biblioteca.php>].

TODOROV, Tzvetan (et al.) Cruce de culturas y mestizaje cultural. Gijón. Júcar Universidad, 1988.

UNESCO. Declaración universal sobre la diversidad cultural, 2001.

VIZER, Eduardo. La trama (in)visible de la vida social. Comunicación, sentido y realidad. Buenos Aires: La Crujía, 2003.

WALLERSTEIN, Immanuel et al. Abrir las ciencias sociales. Reporte de la Comisión Gulbenkian sobre la reestructuración de las ciencias sociales. Méjico: Siglo XXI, 1996.

Cavilaciones sobre la identidad y (ojalá) otros muchos cuentos

Julio Eduardo Benavides Campos

Cavilaciones sobre la identidad y (ojalá) otros muchos cuentos

Julio Eduardo Benavides Campos¹

Conocido es que cada semestre del denominado ciclo básico de la carrera de Comunicación Social se integra en un núcleo alrededor del cual hay dos asignaturas que concurren desde la perspectiva comunicativa y la socio-humanística, a las que se pliega una tercera de producción en medios, lo cual configura un espacio de encuentro denominado Seminario Integrador. Conocido es, también, que hay una pregunta que funciona como un horizonte de trabajo y que orienta la actividad de investigación, análisis mediático, producción de piezas comunicativas y una reflexión sobre lo que para el comunicador significa, valga la redundancia, pensar comunicativamente y desde las ciencias sociales y humanas, el gestar comunicación. Sin embargo, así como la experiencia ha demostrado que la reflexión que cada uno de los estudiantes hace, alrededor de un trabajo de análisis, investigación y producción en equipo y de debate conceptual en las sesiones de clase, es un proceso en el que la incertidumbre se encuentra con las expectativas que se tiene y con las vetas que ofrecen las asignaturas al seminario, la labor del docente no es menos compleja. ¿Cómo relacionar lo comunicativo con lo histórico, recogiendo las preguntas ¿cómo nos ven? ¿cómo nos vemos?

Una primera y casi inmediata respuesta, nos ubica en pensar que hay una historia de la comunicación; y aquí es donde la perspectiva del núcleo integrador empieza a pesar cuando de definir la relación entre comunicación e historia, se trata.

¹ Profesor Asociado de la UNAB. Investigador del Grupo 'Transdisciplinariedad, cultura y política' de la UNAB. Licenciado en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Lima. Magister en Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana. Candidato a Doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. E-Mail: jbenavides@unab.edu.co.

Las preguntas del seminario aluden a las imágenes, a esas imágenes que han discurrido entre la humanidad desde las cavernas, con las pinturas rupestres, hasta nuestros días. Aquí surge la primera discreción sobre qué es lo que se va a estudiar, para no verse obligado a empezar en las cuevas de Altamira. Nos interesa mirar la conjunción de dos procesos, dentro de un fenómeno más o menos predominante en América Latina en el siglo pasado: el proyecto de la modernidad y sus consecuencias en el ámbito de la producción cultural y, por ende, en el modo como tienen lugar los procesos de constitución de las identidades. Esto supone llevar una discusión que podría ser considerada como antropológica, a un plano más sociológico y, en segundo lugar, enfocar los cambios en las maneras como los procesos de comunicación y los procesos de cultura dialogan, hacia una suerte de historia cultural², de tal manera de no caer en la tentación culturalista, en la cual el elogio a la diferencia hace a un lado la dimensión del poder, entendida en el contexto cultural como poder simbólico.

El colocar la pregunta en el plano sociológico encuentra sentido, en tanto hablamos del proyecto moderno como un proyecto de sociedad, en donde las identidades locales o regionales son subsumidas por una identidad nacional y el subsecuente correlato de la cultura nacional. Hablamos también de que hay procesos de carácter socio-cultural que han modificado el paisaje de la vida diaria en los individuos, referencia especial al proceso de urbanización de las ciudades, particularmente, luego de la crisis mundial de 1930 y sus consecuencias en la región³. En ambos casos, la producción de imágenes de los medios masivos de comunicación, contribuyeron a consolidar un proceso de unidad cultural, acercándose a la gente con unos lenguajes que acercaban esa nueva realidad cultural a gente tan diversa culturalmente

² MARTÍN BARBERO, Jesús. De los medios a las mediaciones. México: Ed Gustavo Gili, 1991. p. 74.

³ Ver ROMERO, José Luis. Latinoamérica: las ciudades y las ideas. Medellín: 1999.

hablando y constituyendo una matriz cultural de carácter eminentemente urbano, con capacidad para integrar lo popular y hacer una relectura de esto. El aproximarse a una historia cultural presupone mirar el pasado de otra manera, con lo que ello significa para términos como *preservar*, *rescatar*, *mantener*, *conservar*, cuando nos referimos al conjunto de ese patrimonio cultural existente en nuestra tierra y que consideramos que está siendo devastado por la cultura de masas, con los medios masivos de comunicación a la cabeza. Entonces, el valor del pasado no radica en asumir la labor del arqueólogo y colocar los vestigios en el presente, su valor está en comprender cómo en lo que somos en el presente, está presente el pasado, de cómo ahí hay un proceso conflictivo en el que se juega la hegemonía de aquello que es significativo para la vida social.

Entonces, lo comunicativo aparece como un asunto de medios, pero ligado a unos procesos de cultura en el que se parte de la premisa de que vivimos aún un tipo de sociedad (capitalista) y que en esto hay unos medios de comunicación que han sido centrales en la producción de esas imágenes y en la consolidación de unos imaginarios de masa, que le han dado una cierta unidad cultural al conjunto de países latinoamericanos. Como consecuencia de esta aseveración, entra en debate aquel saber que nos dice que los medios de comunicación son los que masifican a la sociedad, sin comprender un proceso en el que se imbrican tecnologías de la comunicación y circunstancias socio-históricas específicas para cargar(los) de sentido su presencia en la sociedad, integrándose totalmente en la cotidianidad y hacerse tan familiares con la gente, como para quedarse en el dormitorio de cada hogar.

Y lo primero que discurre por nuestras mentes es que hay unos medios de comunicación que han aparecido en la sociedad, se han instalado en ella como parte de la misma y que han transformado significativamente el mundo en el que vivimos. Hasta ahí, todo pareciera inscribirse en una lógica

diáfana, todo es claro, pero cuando las preguntas “¿cómo nos ven y cómo nos vemos?” entran en juego, esas claridades parecen emborronarse.

En primer lugar porque las preguntas nos proponen un tipo de relación entre mundos, en la cual puede presuponerse que unos están adentro y otros están afuera, o para decirlo de otra manera: unos están de un lado (lo propio) y otros están de otro (lo ajeno). En esta situación existe la premisa de que hay unos colectivos delimitables entre sí, porque al interior de ellos existe un conjunto de semejanzas que hace posible hablar de un “nosotros” con capacidad para sentir(se) y vivir como una nación, si es que hacemos la referencia directa con una idea moderna, en la cual los colectivos humanos pueden definirse por su adscripción a un territorio nacional, con soberanía ejercida por un estado nacional.

Ese sentimiento y vivencia comunes nos conducen, dentro de la misma lógica moderna, a pensar en la existencia de una cultura nacional. Definirla parecería un asunto de mero trámite. En principio, porque existe un territorio geográfico que enmarca esa cultura nacional⁴. Sobre esta base el nosotros se inscribe dentro de las fronteras político-administrativas de un país y en este sentido funciona una definición positiva (lo que somos) y una definición por negación (lo que no somos). Es lo que nos ocurre cuando salimos de ese territorio y solemos decir, “es que en mi país no es como acá, allá es distinto”. Aquí agreguemos que ese asunto de la identidad también es una cuestión de ausencias, cuando no estamos en el territorio de las prácticas que nos permiten reconocer-nos como pares, no nos hallamos, pero es desde ese otro lugar desde el cual proferimos esa frase, el lugar en el que no estamos en ese momento, dándonos la sensación que, material y simbólicamente hablando, nos falta algo.

⁴ Recuérdese que las fronteras poscoloniales en Latinoamérica, en realidad, continuaron siendo las establecidas por las demarcaciones coloniales, incluso, gran parte de los conflictos fronterizos se buscan resolver en base al “uti possidetis” previo a la independencia. Nunca fueron reales fronteras culturales.

Ahora bien, siguiendo el orden de las ideas, la cultura nacional, en América Latina, presupone un carácter monolítico y unívoco a la identidad. Un ejemplo es aquello que ha definido durante mucho tiempo lo colombiano, en especial frente a los otros (los ajenos): Colombia es cumbia, solía escucharse en mi país (el Perú). Esta fue (¿es?) la definición que imprimió el carácter de lo colombiano. ¿Pero qué pasa con la diversidad cultural? Porque cuando hablamos de cultura nacional, la referencia es en singular. No es común decir que los colombianos -o conjugándolo con cualquier otro gentilicio- forman parte de unas culturas nacionales. Lo anterior nos permite señalar que en todo proceso de construcción de unidad, tiene lugar un ejercicio de poder, esto quiere decir que la cultura nacional es algo que, por convencimiento, se asume como aquello que representa a todos los nacionales. Al no ser la única, pero sí asumida como única, tiene lugar una delegación que, simbólicamente, le asigna el atributo nacional a algo que es regional. Ahora bien, esto no ocurre de la noche a la mañana, se inscribe en un proceso histórico y es parte de un ejercicio de hegemonía política, o más bien de hegemonía cultural, para ser más precisos⁵.

En segundo lugar, cuando pensamos en los medios de comunicación, debemos preguntarnos por su génesis dentro de esa división territorial que hemos presupuesto como importante para definir lo propio y lo ajeno. ¿Dónde se originan los medios de comunicación? Si seguimos la lógica que hemos propuesto, la respuesta debería ser “en el afuera”; el cine, la radio, la televisión, para referirnos a aquellos no basados en la tecnología de la escritura y que nacen a partir de finales del S. XIX, no se generan en América Latina, lo hacen en países del hemisferio norte. Pero, ¿cómo funciona lo originario para este caso, cuando hay que pensar la adscripción de lo que producen los medios de comunicación, producción

⁵ Una exposición muy prolífica del debate es el que desarrolla ORTÍZ, Renato en Otro territorio. Bogotá, CAB, 1998.

que es considerada dentro de lo que llamamos cultura de masas?

Detengámonos un poco. En principio el origen de todo medio de comunicación es la configuración de un soporte tecnológico que es capaz de dar lugar al registro, la difusión o al intercambio de informaciones. La imprenta dio lugar a la difusión de ideas, pero como medio de comunicación configuró una relación distinta del individuo con el conocimiento del mundo. Entonces, hay un componente tecnológico que en el uso y en la interacción social, se va constituyendo como medio de comunicación. Algo similar ocurre con los teléfonos móviles, cuando tuvo lugar esa gran manifestación, previa a las elecciones de 2004 en España, la movilización de la gente se hizo, principalmente, por medio de mensajes replicados de móvil en móvil, es decir, se le dio un uso ampliado al de un dispositivo de comunicación inalámbrica a gran distancia. Cosa similar podemos plantear al referirnos a la aparición de la televisión en Colombia. En una investigación que el suscrito viene adelantando y que se haya en una segunda fase, se puede observar cómo, en los primeros momentos de la difusión de esta tecnología, su impacto pasó casi desapercibido en la cotidianidad de los(as) bumangueses(as), sea porque el alto costo de los aparatos hacía difícil su tenencia extendida en la población o porque no existía una red de retransmisoras en el país (está se consolidó en el segundo lustro de 1960). Lo evidente es que tendría que pasar un tiempo para que la tecnología significara algo más que una novedosa curiosidad que deslumbraba con sus imágenes y se integrara con fuerza en nuestra cotidianidad, se convirtiera en una experiencia cultural capaz de lograr entrar a nuestros dormitorios.

Si volvemos a la cuestión territorial, los productos que estos medios difunden no están anclados a un territorio, puesto que eso depende del alcance de los dispositivos tecnológicos que los sustentan. Por otro lado, los productos de éstos se hacen presentes porque nuestras necesidades culturales

han cambiado debido a la permanente expansión de una sociedad de tipo urbano en la que ya no se encuentran los rasgos comunes de una sociedad "tradicional". Una muestra de ello es lo que ocurre en las grandes ciudades, en donde se congrega gente de diversos orígenes, con distintas costumbres y visiones de mundo. ¿Qué nos une en ese conglomerado tan diverso?

Lo precedente propone poner entre paréntesis la idea de unidad nacional, o por lo menos afirmar que se vuelve una necesidad que debe ser cubierta porque ello hace parte de la conducción política de un país. Colombia se va acercando a su segundo siglo de vida republicana, pero su himno nacional -subrayo lo de nacional- no tiene la misma edad, es más de medio siglo más "joven" que el propio país. El dato alude a lo importante que se vuelve contar con una canción que sea considerada como patria por un grupo de nacionales. Entonces, ¿por qué no era importante tener himno o escudo nacional? Nuevamente, lo anecdótico de la referencia es para señalar que esto no se puede comprender sin adentrarnos en la dimensión histórica de los procesos de constitución del estado nacional en Colombia, incluso si consideramos la propia formulación de la pregunta.

Lo mismo ocurre cuando miramos las preguntas del seminario de identidad latinoamericana. ¿Cómo nos ven y cómo nos vemos? Se enmarcan en un proceso histórico en el que se conjugan varios aspectos, algunos de ellos ya mencionados:

1. Que la forma de sociedad en la que vivimos se ha ido transformando a lo largo del tiempo. De una sociedad rural a una sociedad urbana. De una sociedad estratificada a una sociedad masificada. Esto no sólo tiene un carácter demográfico, relacionado con el aumento de la población, tiene fundamentalmente un carácter cualitativo, tanto en el tipo de sociedad como en el tipo de cultura que se produce allí.

2. Los territorios dejaron de ser soberanos en el control de los procesos informativos y comunicativos. Si antes, contar con un receptor de radio con onda corta y onda larga se convertía en la aventura de poder captar señales del exterior, ahora eso no es extraordinario. Uno puede acceder a emisoras vía Internet, con una calidad similar a las que se escuchan localmente, es decir, ni siquiera la escucha ruidosa que marcaba esas exploraciones en el dial de la radio, es el signo diferenciador de lo propio y lo ajeno. Cabe señalar que ese descontrol no es exclusivo de los sistemas de información y comunicación, también puede apreciarse en lo financiero. El que cuente con una tarjeta de cajero electrónico puede retirar dinero en muchos países sin que haya habido necesidad de que lo declare a la hora de ingresar al país "del afuera".

3. Por consiguiente, el adentro y el afuera se relativizan, pero no dejan de ser importantes. Los productos mediáticos suelen difundirse en muchos países y esto es una necesidad de mercado, pero deben estar estandarizados en su formato -esta es una necesidad industrial- y deben ser reconocidos con facilidad por los consumidores -lo que solemos llamar el género como una forma de contar-. Y por ese reconocimiento pasa aquello que se podría llamar lo propio, aunque no haya sido producido en "el adentro".

Estos cambios proponen un descentramiento en la manera como consideramos la cultura. Primero porque la desplazamos de la noción que la define como una colección de objetos, bailes, costumbres, etc. Los objetos no son centrales, lo son en tanto se les asigna unos atributos y en esa asignación es que se centra una lucha por el poder simbólico, como cuando unos colores colocados en bandas de telas y cosidas en un orden y con un determinado tamaño, pasan a ser llamados bandera nacional. ¿Quién(es) y cómo logra(n) esto? Elabo-

rar respuestas tentativas a esta pregunta requiere hacer a un lado el rescate del pasado, porque la bandera sigue estando (siendo) presente. En esta perspectiva no se obra como arqueólogo, se obra como historiador para comprender desde el presente porqué las cosas son como son y de qué manera el presente está ligado a eso que llamamos pasado. Entonces, tampoco hay identidades perdidas, lo que hay es una dinámica cultural en la cual tiene lugar una lucha por aquello que es significativo para las sociedades, y no precisamente como simples emblemas, sino especialmente como detentadores de una gama de atributos que se le otorga al conjunto de objetos y prácticas culturales existentes.

Entonces, el que nos vean y el vernos será una práctica cultural mediada por unos dispositivos tecnológicos que han pasado a ser parte integral de nuestra cultura. El conocernos o re-conocernos, así como el conocer o re-conocer a otros, pasa por la mediación que cumplen las tecnologías de la información y la comunicación. No es posible hablar del Perú sin pensar en "Laura en América" o en las reiteradas imágenes de Machu Pichu; no es posible imaginarse las particularidades de cada región o de cada país, sin apelar al imaginario de masas. Las memorias populares no han desaparecido, lo que ocurre es que son constantemente horadadas y resemantizadas por la labor que los medios cumplen, redireccionando esas memorias hacia los imaginarios de masas⁶. El estereotipo se vuelve el mecanismo clásico de simplificación y de inteligibilidad de la diferencia cultural. Así, en Colombia, al pastuso, al opita, al cachaco, al costeño, al paisa, al santandereano, como manifestaciones de identidad regional, se le extraen algunas pocas características para perfilar un personaje que dé cuenta de la diferencia, se les estereotipa. Paradójicamente, pobre en su densidad dramática, es rico en comunicación, llega a todos, es fácil de leer y genera un sentido de comunidad, sea para sentirse cerca o para tomar

distancia, esa distancia propia de la diversidad, pero también de la desigualdad: la que se produce en el ejercicio de la dominación cultural. Para algunos, sobre todo se produce desigualdad, por lo dicho anteriormente, porque en la lucha simbólica hay quienes ganan y quienes pierden, porque en la definición de lo colombiano, de lo representativamente colombiano, quedaron cosas por fuera.

¿Será que hay un adentro aséptico que empezó a ser contaminado por lo de afuera? ¿Será que la manera como nos vemos produce imágenes tan irreconciliables que no somos capaces de aceptarlas y dificulta la tarea por la convivencia pacífica? ¿Será que el conflicto cultural sólo lo produce "lo de afuera", pues "lo de adentro" está impoluto? ¿Entonces, qué es el mestizaje, qué es el tiple, el cuatro y el requinto como instrumentos paridos en la dominación? Por ahora ha llegado el momento de hacer a un lado las cavilaciones, la primera clase nos espera, la mirada sobre lo que somos, sobre cómo nos vemos y sobre cómo nos ven, está por convertirse en experiencia para la reflexión y para la producción. Suerte en la empresa (me incluyo en ella) y conversemos al final de semestre.

Bibliografía

- GARCÍA CANCLINI, Néstor. Consumidores y ciudadanos. México: Editorial Grijalbo, 1995.
 MARTÍN-BARBERO, Jesús. De los medios a las mediaciones. México: Ed Gustavo Gili.
 ORTÍZ, Renato en Otro territorio. Bogotá, CAB, 1998.
 ROMERO, José Luis. Latinoamérica: las ciudades y las ideas. Medellín: 1999

⁶ Ver un desarrollo histórico de la mass-mediación en MARTÍN BARBERO, Jesús. Op. Cit.